

Cartagena (1886), obra esta, como la mayoría de las suyas, en la cual lo histórico es lo principal, su ideal, guía y fin fue docente, no estético, con un marcado interés moralizador, acorde con sus sentimientos católicos. Para doña Soledad sus personajes son moralmente perfectos o imperfectos, sin ningún tipo de defectos los primeros, y totalmente nefandos los segundos. Por su parte, Aparicio no cae en ese tipo de características, sus personajes son humanos con cosas buenas y malas, pero mantiene algunas similitudes con Acosta de Samper, en especial en la presentación de cuadros episódicos, cuya única continuidad narrativa es la de los asaltos de los piratas ingleses y franceses a Cartagena y otras ciudades de la costa Caribe colombiana durante dos siglos, que fueron muy propios en sus obras. Al igual que doña Soledad, retoma las figuras de Pedro de Heredia, Roberto Baal, Francis Drake, el barón de Pointis, el almirante Vernon y los dos destacados defensores Sancho Jimeno y Blas de Lezo, pero Aparicio introduce otros personajes y situaciones, quizá motivado por la lectura de la obra de Germán Castro Caycedo *El Huracán. Historia de piratas, brujas, santos, conquistadores, indios, tempestades y naufragios* (1991).



La investigación y redacción del libro tardó siete años, tiempo en el que analizó infinidad de documentos históricos, publicados por aficionados, no por profesionales, plagados muchas veces de errores en la transcripción; sin consultar fuentes originarias de archivo, cuya pesquisa ahora es más

fácil que en la primera época de la novelística histórica colombiana, habida cuenta que ya existen excelentes colecciones de documentos. Recurrió a la información de las *Crónicas de Indias*. Sin embargo, en *Mar de sangre* el autor no comete el exabrupto, muy propio de algunos de sus antecesores, de citar fuentes históricas como pruebas de la historicidad de sus novelas, o de abusar de las notas de pie de página. El cúmulo de información primaria la cotejó con las obras de autores colombianos, españoles, ingleses, franceses y estadounidenses, tratando de aclarar algunas dudas producto del carácter eminentemente oral de las fuentes primarias. Pero, en un alto porcentaje, los autores consultados no son historiadores profesionales; además, sorprende que no haya consultado a los autores de la *Nueva historia de Colombia*, solo se limitó a aficionados; la consulta de autores extranjeros trata de ser un poco más cuidada en lo científico, aunque, para el caso de los españoles, muestra cierta inclinación por historiadores de la discutida Escuela de Sevilla; por ejemplo, uno no entiende cómo no consultó la magistral obra de Juan Marchena Fernández que desmitifica la leyenda de Blas de Lezo y Olavarrieta.

Por último, Arturo Aparicio Laserri recurrió a modernas fuentes provenientes de la consulta de Internet, y es notable la reproducción de láminas, mapas, escudos, etc., de muy variada procedencia. Sin embargo, como se ha tratado de mostrar, le faltó mucho trabajo literario y aún histórico.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular,

Escuela Superior de Administración Pública

Cristales ahumados

Los sueños de los hombres se los fuman las mujeres

ALISTER RAMÍREZ MÁRQUEZ

Planeta, Bogotá, 2009, 256 págs., il.

PEDRONEL III Jaramillo y Hans de Greiff nacieron en Antioquia, en la segunda mitad del siglo XIX, y se hicieron amigos desde la infancia.



Pedronel formaba parte de una pequeña dinastía de comerciantes de maquinaria minera y Hans venía de una estirpe de noruegos extraviados. Viajaron juntos a Bogotá, para estudiar en el Colegio del Rosario, y vivieron cada uno a su manera los tiempos de la Regeneración. Pedronel estudió derecho comercial, escribía constantemente y se vio involucrado en la edición de un periódico clandestino que se oponía al régimen de Rafael Núñez. Hans, por su parte, dibujaba. En la capital, Hans se desinteresó por los estudios, siguió pintando con el seudónimo de Manuel María de Mark, y se dejó ganar por la vida bohemia. Fue Hans quien inició a Pedronel “en las artes del amor y la carne”. Le presentó a la empleada de un almacén de telas y sombreros a cuyo cuarto llegó Pedronel guiado por el olor. Ella “le besó todo su cuerpo y él se sintió amado por un eterno segundo”. La amistad con el irlandés Mahoney —un profesor de literatura que decía haber conocido a Darwin— lleva a Pedronel a colaborar con la *República Liberal* y termina poniéndolo en apuros. Salir del país se presenta como la mejor opción. Pedronel consigue que su familia lo apoye para viajar a Nueva York, donde se dispone a hacer una especialización en comercio marítimo, y se embarca con Hans en un buque de la White Star Line. Pedronel viaja en primera y Hans, en tercera clase. A su llegada a Nueva York, Pedronel desembarca sin novedad y Hans es llevado al recién creado centro de inmigración de Ellis Island. Pocos días después, con el nombre de Manuel María de Mark, Hans haría el juramento que lo con-

vertiría en ciudadano de los Estados Unidos.

Pedronel y Hans vivieron juntos en el mismo hotel y en la residencia estudiantil de Pedronel, en la Universidad de Columbia. Pero muy pronto sus vidas tomaron rumbos distintos. Hans siguió pintando, empezó a trabajar en el periódico *La América Ilustrada* y vivió luego un tiempo bajo la tutela del paisajista Frederic Church, famoso por sus pinturas de los Andes y del valle del río Hudson. Pedronel comprendió muy pronto que los ricos de los Estados Unidos eran mucho más ricos que los ricos colombianos y se propuso encontrar un lugar entre los privilegiados. Estuvo cerca de conseguir su propósito, por medio de un matrimonio por conveniencia con Virginia Kettle, la heredera de un fabricante de lentes venido de Boston. Las influencias de la familia Kettle le sirvieron a Pedronel para encontrar un trabajo en *The New York Times*, donde escribió noticias judiciales y obituarios. Pero Pedronel despreciaba esa tarea porque se sentía llamado a privilegios más altos. La muerte de su suegro lo habría puesto a cargo del negocio familiar, pero Pedronel cayó en un círculo de fumadores de opio e inició una espiral descendente de la que nunca saldría.

La amistad entre Pedronel III Jaramillo y Hans de Greiff es uno de los ejes centrales de la novela de Alister Ramírez Márquez, *Los sueños de los hombres se los fuman las mujeres*. El relato es un registro de sus cercanías y distanciamientos. Por un lado, nos muestra el temperamento soñador de Hans. Por el otro, presenta la actitud arribista de Pedronel, quien llega a avergonzarse de su amigo y a negarle en público el saludo. La historia de esta amistad nos habla de la actitud opuesta de los dos frente a la misma mujer y se cierra con un encuentro compasivo y de asinceramiento, cuando Pedronel está hundido en la adicción.

El periplo de los dos amigos nos permite apreciar una de las dimensiones más interesantes de la novela: el acercamiento a la vida cotidiana y a la historia económica y política de Colombia y Nueva York a finales del siglo XIX y comienzos del XX. La obra abunda en referencias específicas

(nombres de publicaciones, direcciones de locales comerciales, personajes de la realidad) y esto produce en el lector la sensación de haber viajado en el tiempo. Entre otras cosas, tenemos una perspectiva privilegiada sobre los remotos inicios de la migración colombiana a los Estados Unidos. La lectura avanza estimulada por la incertidumbre que se nos plantea sobre lo que debemos a la imaginación del autor y lo que ocurrió en la realidad.



Gracias a las osadías de sus precursores, la novela contemporánea se mueve con libertad entre géneros. La ficción puede transformarse en relato histórico o en crónica de época, sin perder su compleja naturaleza. Aquí nos hallamos por momentos en los terrenos del ensayo. La amistad de Hans de Greiff con Frederic Church enmarca un estudio sobre el paisajismo en el arte. En una de las ilustraciones que incluye el libro (otra es un retrato que supuestamente Hans hizo de la esposa de Pedronel), el autor nos invita a apreciar la manera como Church injertó un pequeño Niágara en el corazón de los Andes. Por momentos, las observaciones adquieren la profundidad del ensayo académico y uno tiene la sensación de estar frente a una interpretación novedosa sobre la obra del pintor. El mérito de esa interpretación radica en que el autor mismo es un colombiano trasplantado a Nueva York y su experiencia doble le permite apreciar esa fusión. Es evidente que la reflexión sobre la unidad del paisaje, la superposición del aquí y el allá que viven los emi-

grantes, es otro componente importante de la novela. Esta reflexión alcanza su punto culminante en uno de los pocos momentos de simplicidad poética que tiene la novela, cuando se observa que los pájaros que cantan en el valle del Hudson estuvieron poco antes en las montañas de Colombia.

Los personajes femeninos son otro eje de la historia. El inventario es breve y su presencia es fugaz. La primera mujer que aparece en el camino de los personajes es la vendedora que se acuesta con ambos. Poco sabemos de ella y de su carácter. Al parecer, es la esposa de un soldado desaparecido. Quizá quiera decir algo para la historia el hecho de que fumaba. Cuando los amigos viajan a Nueva York, aparece Esther, una chica a la que Hans idealiza pero que, según el narrador, resulta ser "una simple mujer". Lo cierto es que nunca llegamos a saber lo que, para la novela, significa ser "una simple mujer". Quizá el personaje femenino más interesante es Ida Kettle, la suegra de Pedronel. Ida parece sacada de una novela de Dostoievski. Quedó huérfana muy joven y su protector la convirtió en su amante. Luego, cuando se casó con el doctor Kettle, Ida no dudó en buscar a su viejo amante para quedar embarazada. Ida es una mujer calculadora y muy preocupada por el estatus. Siempre miró con malos ojos el matrimonio de Pedronel con su hija, Virginia Kettle, la oscura figura central de la novela.



Virginia es la presencia femenina más notable en una novela de



prometida misoginia, donde uno esperaría encontrar más y mejores personajes femeninos. La novela empieza cuando Virginia se descubre abandonada en el apartamento que compartía con su esposo. Pedronel lleva varios días sin volver y Virginia se consuela mirando con binoculares las escenas callejeras que ofrece la avenida Broadway. Al final de la novela, tras fugaces apariciones, Virginia reaparece decidida a asumir el control de su vida y a buscar la felicidad. Para hacerlo, es preciso que subyugue al par de amigos colombianos. A Pedronel, su esposo, lo reduce fomentando su adicción al opio. De Hans obtiene la satisfacción de saberse adorada. Así, consigue lo que parece ser su sueño más importante: asumir el control de la empresa de lentes que perteneció a su padre. Virginia, como el resto de los personajes de la novela, se ofrece con frecuencia como un personaje plano, un estereotipo necesario para que fluya el relato. Quizá lo más importante de ella sea la curiosa relación que sostiene con toda clase de instrumentos ópticos. Además de sus infaltables binoculares, tiene un extraño vínculo con sus gafas: solo cuando se las quita siente de veras que se ha desnudado.

Todo texto divulga las tradiciones de las que aspira a formar parte. La novela de Ramírez Márquez pide ser leída en relación con las novelas de García Márquez, pero falla en seguir el consejo más nítido de su precursor: "Mientras más transparente es la escritura, más se ve la poesía". Para seguir con las metáforas de los cristales, todo el que ha usado gafas sabe lo molestos que resultan los lentes

cuando están sucios o dañados. Uno termina prestando más atención al cristal mismo que a lo que está mirando. Igual ocurre con *Los sueños de los hombres se los fuman las mujeres*. Es tan evidente la falta de un trabajo de edición, son tan notorios los problemas narrativos y de lenguaje, que uno termina prestando más atención a las imperfecciones del lente que a la historia que nos están contando.

Empecemos con los problemas narrativos. Después de la lección que García Márquez dio para contar historias con muchos personajes, incluso con nombres que se repiten, uno recibe con una especie de "no hay derecho" el enredo tremendo donde se presenta la genealogía de Pedronel III. Lo único claro parece ser que su padre era Pedronel II y que su abuelo era Pedronel I. Uno llega a cruzarse con frases que producen estupor: "Tuvo otros seis hijos más con su tía abuela", y se pregunta si está en presencia de una versión extrema del tema del incesto. Pero ahí no terminan los acercamientos fallidos a García Márquez. La escena en que Pedronel pierde la virginidad es una copia pálida del primer encuentro sexual de Aureliano Buendía con Pilar Ternera: el mismo tanteo en la oscuridad, el mismo olor guiando al personaje hacia un encuentro indescriptible. Uno podría pensar que lo que aquí tenemos es una parodia, que un personaje como "Esther, la preciosa" es una representación paródica de "Remedios, la bella", si el narrador no pareciera ignorar la correspondencia y si no estuviera tan serio y atareado parapeando su historia. Porque la sensación general es que unos hechos dispersos han sido acomodados de manera apurada. Uno nunca entiende, por ejemplo, por qué Hans se enamora de Virginia. La única justificación para que ella respondiera a ese sentimiento parece ser la pintura que Hans le hizo. Hans fue el primero, quizá el único, que encontró belleza en Virginia. Que "el amor es ciego" y que el autor necesitaba que los personajes se enamoraran, parecen ser los únicos motivos detrás de ese romance.

Pero el lenguaje es el verdadero lente oscuro de esta novela. Cuesta creer una historia que está escrita (y editada y publicada y vendida en

librerías) con errores básicos de ortografía y sintaxis. Hay autores que se ufanan de tener mala ortografía y agradecen, de paso, la labor de sus editores. Ningún escritor está libre de errores. El Homero que todos llevamos dentro duerme de vez en cuando y, en ocasiones, pasa más tiempo dormido que levantado. Pero aquí vemos una muestra, que no es única, de una industria editorial que no llega a los niveles mínimos de profesionalismo. Aquí abundan los rayones en el cristal del lenguaje: influencias molestas del inglés (en las preposiciones –"pedirla para matrimonio"–, en el uso innecesario del posesivo –"le besó su cuerpo"– y en el exceso de pronombres personales), imperfecciones en los tiempos perfectos ("*Haz pecado ante los ojos del señor*") y errores básicos de digitación que una revisión atenta –o un buen procesador de palabras– habría detectado ("*La obligó a quedase*"). Pero ahí no terminan los problemas. La adjetivación y las imágenes oscilan entre el lugar común y la extravagancia. Al lado del niño que corre "como una flecha", podemos encontrar escaleras que crujen "como alacranes puestos al fuego". Uno termina por encontrarle cierto gusto a la ingenuidad del lenguaje de esta novela y decide atesorar frases memorables. Ahí están los dientes que relucen "con el destello de una venganza escondida", las "faldas afeminadas", "las sonrisas estruendosas", "los intactos ojos azules", "la culpa celestial" y hasta la poética del texto, el "arte de biribirloque".

Puestos a mirar el lente, uno termina por descubrir las preferencias del autor en materia de figuras retóricas.



Los símiles le encantan: “Era como escuchar poemas en un edén de tortugas gigantes”; “El frío del páramo lo había hecho casi como un témpano de hielo”; era “frígida como una salamandra ciega”; “se los entregó (los libros) como si fueran el más preciado tesoro”; “los trenes salían como gusanos de la tierra”. Por momentos uno alienta la ilusión de que la novela se ha vuelto metaficcional: “Sintió como si enfrente de sus ojos tuviera una cortina de humo y estuviera sonámbulo”. Podría hacerse también un inventario de expresiones adverbiales; pero quizá sea suficiente con decir que la más común de ellas es la expresión: “sin duda”. Nada revela tanto nuestras dudas como el uso constante de la expresión “sin duda”. El lenguaje de esta novela está repleto de dudas, nadie se tomó el trabajo de resolverlas y el resultado ha sido ese cristal oscuro que le roba el protagonismo a la historia que intenta mostrarnos.



Para quienes tenemos interés en lo que se escribe por fuera de las camarillas, la promoción de la obra de autores no establecidos suele ser un motivo de celebración. Es sano que haya libros de escritores que no reciben la aprobación ciega y sin criterio que se le prodiga a lo que está de moda. Es natural también esperar que no todos los libros que se publican sean obras maestras. Pero al leer esta novela uno puede preguntarse qué servicio puede prestarle a la diversidad de nuestra literatura la publicación de obras inmaduras, textos a los que les faltaron miradas menos complacientes. Parodiando la mejor frase de esta novela (ese título que crea una expecta-

tativa al final insatisfecha), después de la lectura uno podría concluir que, en ocasiones, “los sueños de los escritores se los fuman los editores”.

Gustavo Arango

Universidad Estatal de Nueva York

Ni seduce ni conmueve

Como dos extraños

EDUARDO FERNÁNDEZ BOTERO

Fondo Editorial Universidad
Eafit, Medellín, Colección Letra
x letra, 2009, 245 págs.

CON PRÓLOGO del expresidente Belisario Betancur aparece publicada de manera póstuma por la Colección Letra x letra de la Universidad Eafit, esta novela de Eduardo Fernández Botero (1905-1974) (prólogo en el que habría que abonarle al expresidente su casi confesión de haber sido furibundo antagonista político del autor en su juventud, y otorgándole reflexivo, ya en la vejez, sus méritos). Jurista, parlamentario, alcalde de Medellín, magistrado de la Corte, fundador de la Universidad de Medellín y de otras instituciones educativas, Fernández Botero dejó un importante legado en materia jurídica y educativa.

Aparte de sus libros sobre temas jurídicos, de sus fallos y otro tipo de temas que ocuparon sus actividades intelectuales, Fernández Botero escribió una novela que, como se ha dicho, no publicó en vida. Esta novela transcurre en un pueblo antioqueño de comienzos del siglo XX. La acción se da entre liberales y conservadores y, como es obvio, en los enfrentamientos entre unos y otros. En la sastrería (que no “saterería” como se le escapó al corrector de pruebas, porque para esas fechas Sartre no había publicado ni un solo libro...) se reúnen los liberales y librepensadores (tildados por sus contrincantes de masones) y hablan contra los gobiernos conservadores y contra la Iglesia todopoderosa, y exponen sus ideas subversivas para la aldea pacata. El protagonista, un muchacho de familia ultraconservadora llamado Aurelio, a veces asiste



a esa sastrería y de tanto oír esas discusiones, va empapándose de ellas para preocupación de sus padres y de los curas de *Vallecitos*, el pueblo donde transcurre la historia. Incluso, durante un mal momento económico de la familia, trabaja allí como auxiliar y de paso aprende el oficio. Pero, por ser un buen estudiante, uno de los curas comienza a hablar de mandarlo al seminario, centro de formación bastante prestigioso en la época. El muchacho se debate entre la fe y las influencias de los viejos amigos de la sastrería, hasta que se ve obligado a aceptar el ofrecimiento que le hace el obispo, de una beca para estudiar en el seminario y hacerse sacerdote. Pasan los años del seminario, entre estudios extenuantes y las peleas y disputas ideológicas con los compañeros y con profesores recalcitrantes, hasta que se ordena como cura. La novela es una suerte de *Padre Casafús*, ese personaje inolvidable de una de las noveletas de don Tomás Carrasquilla, pero sin la fuerza que les imprime el sastre y escritor de Santo Domingo —cuentos que son, a mi juicio, lo mejor de lo suyo: historias de largo aliento en las que los más hondos dramas humanos son tratados en forma magistral: *Salve Regina*, *Dimittas Arias*, *Luterito* (que es el mismo Casafús)—... (Eso, ¡y unas exóticas resonancias temáticas de *Madame Bovary!*).

El tono de esta narración es también de evidente marca carrasquillesca. Hay una cadencia decididamente paisa —cosa que bien puede llegar a ser una virtud—. Sin embargo es, en todo lo que va planteando, patéticamente esquemática. Las diferencias